

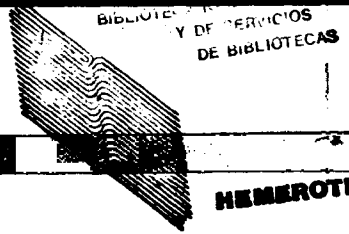
604

Don M.F.

cruz del sur

revista ilustrada mayo 1959 45

■ El problema de la vivienda en Venezuela



Sergio A. Moreira - Poema ■

Las raíces sociales de la Guerra Federal

■ Cine - Un poeta en Nueva York

Neruda y los jóvenes poetas venezolanos



La pintura abstracta y la música

■ Mesa redonda sobre historiografía Venezolana



LAS RAICES SOCIALES DE LA GUERRA FEDERAL

por J. M. Siso Martínez

(La siguiente conferencia que la revista "Cruz del Sur" se complace en publicar, fué pronunciada por su autor dentro del ciclo de actividades que para conmemorar el primer centenario de la Guerra Federal, organizó la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela).

El problema político en la sociedad colonial

Con algunas variantes, que en el fondo consagran siempre la desigualdad, la sociedad americana se estructura atendiendo a la fortuna y al color. La transformación social que sufre el conquistador, como se ha anotado por allí, hace de humildes hijos del montón peninsular grandes terratenientes y de ellos y de sus descendientes, los ejes de un sistema social que tiene para los días históricos de 1808 su más perfeccionado logro. Lo alcanzado por los blancos criollos en la evolución social y económica, su definitivo poderío, se encuentra entabado en lo político. La Corona española ha tenido el buen cuidado de evitar que en sus colonias americanas se repita el fenómeno feudal. De allí que mediante una serie de medidas los conquistadores y sus descendientes son alejados de los cargos políticos.

La invasión de España por las tropas napoleónicas, la formación de Juntas liberales que sustituyeron al poder real y la consecuencia que como clase poseen los grupos directores intelectuales americanos, determina un vuelco en la vida colonial. El traumatismo español quiere ser aprovechado por el grupo de los blancos criollos, de manera que se concilien sentimientos de fidelidad a la monarquía con su aspiración a ejercer lo que Bolívar llamaba con gráfica y certera frase "la tiranía doméstica". Los objetivos de los revolucionarios



General José Antonio Páez

venezolanos no dejan lugar a dudas. En documentos oficiales y privados se testimonia su aspiración: la de integrar a su predominio social y económico, el predominio político. El acta del 9 de abril de 1810 consagra la separación política aún cuando la Junta que emana de ese hecho se diga conservadora de los derechos de Fernando VII. La Declaración de Independencia eleva al plano revolucionario las disidencias teóricas con los gobernantes españoles y expresa toda una serie de memorial de agravios contra la Metrópoli en el aspecto económico y político. Bolívar en 1815, en su célebre Carta de Jamaica, es más rotundo cuando declara que el pacto firmado por los Reyes de España con los descubridores, conquistadores y pobladores, ha sido violado, desde el momento mismo que la Corona negó a éstos el derecho a ejercer el poder político.

En 1808 se plantea en Venezuela el problema político. Lo agitan los mantuanos entre los cuales andan los hijos del Conde de Tovar, los Toro, los Montilla, los Ribas, Fernández de León, los Ustáriz. En fin, todos aquellos que aspiran a pescar en las revueltas aguas de la política española, en aquellos momentos demasiado encrespados por la penetración francesa. Quieren la formación de una Junta compuesta por los criollos para defender los derechos de la monarquía y

para ello peregrinan a las más antiguas fuentes del derecho castellano en busca de justificación jurídica. No sin que dejen de salpicarla con los principios rousseauianos que hablan de "Los imprescriptibles derechos que tienen los Pueblos, para destruir todo pacto, convenio o asociación que no llena los fines para que fueron instituidos los Gobiernos", como lo expresarán más tarde en la Declaración de la Independencia. El problema político planteado por los mantuanos hace aflorar un problema más hondo que no había dejado de expresarse a través de la vida colonial venezolana: el problema social. Y que va a ser manejado hábil y peligrosamente por los gobernantes españoles, con el objeto de frenar las aspiraciones autárquicas de los blancos criollos y asegurarse para futuras emergencias la fidelidad de los grupos sociales agrupados bajo la denominación de pardos.

Y así, cuando los mantuanos plantean la aspiración de organizarse en Junta donde ellos lleven la voz cantante, se levantan frente a ellos, alentados por el Capitán General Casas, los pardos "quienes ofrecen sus servicios para combatir las maniobras de los aristócratas que tienden a echar por tierra el sistema de gobierno", "bajo cuyos auspicios habían disfrutado hasta entonces de la mayor tranquilidad" (1). El Conde de Tovar a la altura de sus ochenta años denunció la prédica peligrosa y los abismos que se abrían manejando los explosivos ingredientes de la división de las castas. El Licenciado Sanz lo anotaba también cuando se admiraba de que uno de los más grandes terratenientes, Antonio Fernández de León, fuera uno de los más decididos partidarios, ya que consideraba que "debía de experimentar más perjuicios que otros, por su mucho caudal y considerable número de esclavos que tiene, y porque su profesión y carácter le impone mayores obligaciones de conocer esta clase de excesos". (2). Mariano Montilla hablaba de lanzar diez mil negros esclavos contra el régimen español, en tanto que Juan Vicente Bolívar se pronunciaba porque asumiera el papel de "caudillo de la plebe". Coincidían en el momento de la pugna dramática los revolucionarios y el gobierno en disputarse el predominio de las clases bajas. Y creaban así las condiciones necesarias para que el ascenso social de éstas en la escala sólo dependiera de factores personales y colectivos que conjugándose, desembocarán en la irrestricta subversión social.

La Guerra de Independencia como camino al poder

Lo característico en el movimiento social venezolano es que la agitación social fué fruto colectivo y actuaron en él los combatientes del viejo y del nuevo orden. De un lado, los ideólogos de la emancipación enarbolan el principio de la igualdad, aún cuando al llegar a su consolidación constitucional conservan los mismos privilegios que se han reservado

para sí los revolucionarios franceses, tal como el sistema censitario, la esclavitud, el mantenimiento del status económico. La transformación preconizada por los conductores de la emancipación sólo añade a la superficie, al aspecto político y al abstracto de una libertad e igualdad condicionadas. Del otro lado los mantenedores del absolutismo monárquico sólo atienden a la conservación del status político, el mantenimiento de la dependencia de España y conceden y propugnan una igualdad social que conciben como el mejor freno a las aspiraciones políticas del grupo mantuano. A los dos grupos, vertientes de una misma fuente social, se les escapará la conducción del movimiento. Pensaron dirigir y resultaron dirigidos por los hechos sociales. El principio determinista les zarandea. Bolívar lo vislumbra con nitidez después de la pérdida de la Segunda República: "Es una estupidez maligna atribuir a los hombres públicos las vicisitudes que el orden de las cosas produce en los Estados. No está en la facultad de un general o Magistrado contener en un momento de turbulencias, de choques y de divergencias de opiniones, el torrente de las pasiones humanas que, agitadas por el movimiento de las revoluciones, se aumentan en razón de la fuerza que lo resiste" (3). Igual pensamiento expresará más tarde en el Congreso de Angostura: "En medio de este piélago de angustias no he sido más que vil juguete del huracán revolucionario que me arrebataba como una débil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal: fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos: atribuirme los no sería justo, y sería darme una importancia que no merezco" (4).

La Declaración de Independencia no logra, no podía conciliar los contrapuestos intereses. La reacción realista obedeció a motivos más hondos que una simple fidelidad monárquica. Coinciden intereses religiosos, políticos, profundos sentimientos sociales, que logran subvertir la vieja estructura colonial. Estructura colonial que en una y otra forma se había consolidado para mantener los privilegios económicos y sociales del grupo criollo y el privilegio económico y político del grupo metropolitano. Y que ignoraba, como no fuera para explotarlos, al grupo de los pardos y de los blancos de infimo estado llano, como en el específico caso de los canarios. Y cuyos intereses aparecen en el momento de la subversión del orden político representados en forma anárquica.

Cuando la reacción realista en su forma más aguda hace su aparición en la insurrección de Valencia ya está coloreada de profundo sentimiento social. El Regente Heredia lo anota en sus Memorias: "Desde entonces quedó arraigado en Valencia el odio mortal entre blancos y pardos, que tan funesto ha sido allí y en toda la provincia por donde se propagó, sin que pueda calcularse cuáles serían los últimos efectos de este mal, que todavía dura. Los guerrilleros, que después quisieron formar partido bajo la voz del rey, excitaron esta rivalidad, llegando a ser proverbio en la hora de los europeos exaltados que los pardos eran fieles y revolucionarios los blancos criollos, con quienes era necesario

(1) Parra Pérez Caracciolo, Historia de la Primera República, T. I. Tipografía Americana.

(2) Parra Pérez, Obra citada.

(3) y (4) Bolívar, Simón, Obras Completas, Editorial Lex, La Habana, Cuba, 1947.

acabar. Yo mismo he oído muchas veces esta horrible máxima, la cual seguían constantemente Boves y los demás bandoleros que se propusieron desolar a Venezuela en nombre de Fernando VII y ser insurgentes de otra especie, porque no obedecían a nadie, ni reconocían la autoridad de los jefes nombrados por el gobierno supremo de la nación" (5).

Y a medida que la guerra se extiende y los grupos antagónicos necesitan engrosar sus filas el problema social adquiere mayor relieve. Miranda, ante la amenaza de Monteverde, ofrece la libertad de los esclavos que se alistasen en el ejército y sirviesen durante años. Del otro lado, las negradas de Barlovento amenazan con una guerra social de vastas proporciones. Miranda es asediado por las contrarias fuerzas. Los criollos que temen a su jefatura política y que repudian su medida de libertad a las esclavitudes; el fantasma de la guerra social que aparece en los levantamientos de Barlovento; y el empuje de Monteverde representando el viejo orden monárquico. Y así llegó a la capitulación en la cual no está solo. Roscio, Espejo, Paúl, Casa León, están de acuerdo. También a ellos los detiene y los inhibe el movimiento social que levanta sus cuchillos sangrientos. Y prefieren el viejo orden monárquico disimulado en la Constitución de Cádiz. Pero por una de esas contradicciones en las cuales es pródiga la historia, es el caudillo del orden antiguo, el triunfador Monteverde, vanidoso e irresponsable, quien aparece sin saberlo conduciendo el proceso de disolución social. Desconoce la capitulación, se niega a poner en vigencia la Constitución de Cádiz, ignora las tradicionales leyes coloniales y en la cresta política del movimiento que jefatura aparecen los canarios, sus paisanos, quienes cobran con creces su vieja menorvalía social y ven propicio el momento para apoderarse de los bienes de los vencidos. Con ellos colaboran los pardos y los negros en funciones de esbirros. Al grito de Monteverde de "la indulgencia es un delito" la ley de la conquista invade todas las provincias que se adhirieron a la causa republicana.

Monteverde: factor de disolución

El grupo de los blancos, encarnación del movimiento republicano, es desterrado del orden jurídico y social que inaugura Monteverde y con ellos introduce un nuevo elemento de desequilibrio en el orden antiguo ya de por sí resquebrajado.

Urquinaona considera que la causa de lo que llama la verdadera sublevación fué "el ver infringidos los pactos, quebrantadas las leyes y despreciada la razón y la justicia con las repetidas confiscaciones, arrestos y destierros arbitrarios" (6). Lo mismo cree Bolívar en su Manifiesto de Cartagena: "Al ver cumplida la capitulación, en los términos que ella contiene, ¿quién no hubiera esperado la paz, el bien de aquellos habitantes, el olvido de lo pasado tantas veces prometido? Tanto uno como otro creen en la reconciliación

a través del instrumento jurídico de la capitulación y el establecimiento del viejo orden. Hasta donde esto hubiera sido posible es aventurado consignarlo. Ya el viejo cuadro colonial había sido despedazado. Las causas y las clases habían sido zarandeadas por el prólogo guerrero y un elemento de disención había hecho su aparición entre los grupos dominantes. Y si éstos hubieran logrado una momentánea conciliación para anudar lo ya desanudado, quedaba un problema pendiente, el grupo de los pardos en posesión plena de sus destinos y esperando sólo el momento propicio para empuñarse sobre los estribos de la historia y escribir su propia página. Marx lo dirá años más tarde:

"Los hombres hacen su propia historia. Pero no la hacen según el deseo de su iniciativa, ni en las circunstancias libremente elegidas; ellos están obligados por las circunstancias del momento, tales como las han creado los acontecimientos y la tradición" (7).

La reconciliación de los grupos dominantes hubiera detenido el movimiento emancipador y frenado transitoriamente el problema social. Pero no lo hubiera resuelto ya que la propia historia venezolana arroja posteriormente caudas de jefes espontáneos que canalizan por la vía de la violencia el desatado rencor social que la jerarquización colonial había creado.

Monteverde aparece como un agente histórico del proceso de disolución, factor decisivo, ignorándolo, del proceso histórico venezolano. Impide la convivencia social creada por los siglos y eleva a un plano distinto el conflicto, cuando coloca bajo el dominio de cinco mil peninsulares e isleños a setecientas mil almas. El establecimiento de la ley de la conquista consagra violentamente la ruptura social y la subordinación de toda una sociedad a un grupo heterogéneo como el que lo rodea, es el más efectivo dispositivo para el turbión revolucionario. Turbión que viene desde el Oriente en la figura de Mariño y desde el Occidente en la de Simón Bolívar, hasta aquel momento segundones en el primer acto histórico del drama que protagonizaron Miranda y Monteverde. Y que encarnará como caudillo de los pardos al asturiano José Tomás Boves.

El orden policial creado por Monteverde tuvo una duración efímera. Cae ante el empuje audaz de Bolívar y Mariño. Pero la subversión social se pone al descubierto. Las crónicas de aquellos días y el testimonio de los actores de la Revolución inciden en el carácter social de la guerra. Boves ofrece realidades tangibles: libertad a los esclavos, reparto de los bienes de los patriotas, reposo en el seno de las familias blancas, igualdad social en la nueva sociedad que surja de la guerra, cargos, honores, recompensas. Es un programa primario pero directo.

Necesidad de un programa económico - social

La presencia de Boves y sus llaneros ha sido suficientemente estudiada en la historia venezolana. Su trascendencia

(5) Heredia, J. F. Memorias del Regente Heredia. Editorial América. Madrid.

(6) Urquinaona y Pardo, Pedro. Memorias de Urquinaona. Ed. Claridad. Buenos Aires

(7) Marx, Carlos. El XVIII Brumario. Editorial Claridad. Buenos Aires

y significación dentro del proceso social venezolano ha sido objeto de detenido análisis desde el momento mismo cuando Juan Vicente González, al atisbar las profundas causas económicas y sociales que determinaron la Guerra de Independencia, lo llama el primer jefe de la democracia venezolana. Y la presencia del problema social fué captada por Bolívar y en su Manifiesto de Carúpano lo testimonia: "Vuestros hermanos y no los españoles han desgarrado vuestro seno, derramado vuestra sangre, incendiando vuestros hogares y os han condenado a la expatriación. Vuestros clamores deben dirigirse contra esos ciegos esclavos que pretenden ligaros a las cadenas que ellos mismos arrastran; y no os indignéis contra los mártires que fervorosos defensores de vuestra libertad, han prodigado su sangre en todos los campos, han arrojado todos los peligros y se han olvidado de sí mismo para salvaros de la muerte o ignominia" (8).

La muerte de Boves, quien identifica la caótica aspiración de los grupos populares y la presencia de Morillo, representante éste sí del viejo orden antiguo, absolutista, sin Constitución de Cádiz, tuercen el rumbo de la historia. A esto se suma la experiencia del Libertador, quien al aprehender el hondo sentido social que mueve a los hombres en esta guerra a muerte, en esta lucha sin auroras cercanas, le imprime un rumbo nuevo a su cruzada política al dotarla de sentido económico y social. Los acontecimientos le son propicios. Desaparecido el gran caudillo de los parias, su bandera cae en manos de los futuros caudillos de la Independencia: Páez, Monagas, Zaraza. El primero, sobre todo, sustituye el poder personal del asturiano. E identifica con la causa de la Independencia la oscura y vital aspiración de las multitudes llaneras. Desde aquel momento la suerte de la patria estaba sellada. Pero con un rumbo nuevo. El Libertador lo ha comprendido. En Carúpano decreta la libertad de los esclavos. En Angostura dice "imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos como imploraría mi vida y la vida de la República". En el mismo discurso pide "que el Congreso ordene la distribución de los bienes nacionales, conforme a la ley que a nombre de la República he decretado a beneficio de los militares venezolanos". El congreso constituyente de Cúcuta por Ley de 28 de setiembre asigna bienes nacionales a los que sirvieron a la República desde la campaña de 1816 a 1819, fecha de la instalación del Congreso de Angostura. Estos pagos se harían de los bienes raíces confiscados o por confiscar, de las tierras baldías y de los fondos de la República. El triunfo en Carabobo sólo hizo más agudo el problema social. El Libertador en célebre carta a Don Pedro Gual, citada por Gil Fortoul, lo hacía constar: "No pueden ustedes formarse una idea exacta del espíritu que anima a muchos de nuestros militares. Estos no son los que ustedes conocen por allá; son los que ustedes no conocen: hombres que han combatido largo tiempo, que se creen muy beneméritos, y se consideran muy humillados y miserables, y sin esperanza de coger todo el fruto de las adquisiciones de su lanza. Son llaneros determinados, y que nunca se creen iguales a los otros

(8) Bolívar. Obra citada.

hombres que saben más o parecen mejor. Yo mismo, que siempre he estado a su cabeza, no sé aún de lo que son capaces. Los trato con una consideración suma; y ni aún esta misma consideración es bastante para inspirarles confianza y la franqueza que debe reinar entre camaradas y ciudadanos. Yo temo más la paz que la guerra..." (9). Y la paz advino, pero como lo temía el Libertador, demasiado precaria.

La Oligarquía se desmembra

La guerra de Independencia había creado la nivelación social. Don José Santiago Rodríguez considera con acierto que "fué, en efecto, la primera gran escuela de democracia que se implantó en América" (10). El campamento había realizado lo que no hubieran logrado las leyes en centenares de años, el esfuerzo y el sacrificio comunes, el saber que las horas no les pertenecían y que la muerte era lo único cierto, acercó a los hombres y esta organización que al parecer era un hecho transitorio, surge como un hecho cierto y enraizado a la nueva organización. Pero esta democracia guerrera tuvo su basamento en las armas, reposó sobre una organización militar. Don José Santiago Rodríguez lo analiza en forma clara: "Aquella tan legítima democracia guerrera que se formó y que había servido de baluarte en los albores de la República, organizó una clase militarista que juzgaba, desde luego, con lógica, que debiéndose a sus sacrificios, principalmente la formación de la nueva era, le tocaba de derecho el privilegio de gobernar y dirigirla, al menos durante los primeros tiempos, como había justamente pasado en los Estados Unidos de América" (11).

El feudalismo político sustituyó a la organización militar y los caudillos militares devinieron por imperio de las circunstancias en régulos de sus regiones y acumularon en sus manos las tierras que se escaparon de las manos de los soldados por obra y gracia de las necesidades económicas. Y el orden nuevo que trajo la independencia se estructuró sobre un país en ruinas. Y fueron los dispersos restos de la vieja oligarquía criolla los encargados de constitucionalizar el país. Y lo hicieron conforme su propia concepción clasista. Después de la Cosiata liquida esta oligarquía civil sus pasajeras diferencias con Páez, el hegemon surgido de la guerra, y entrambos le imprimen rumbo constitucional a la nación. Su expresión más alta es la Constitución del año 30. Al lado de los teóricos principios que informan a las constituciones demo-liberales de las cuales es rama directa, encontramos el empeño directo de reestructurar la sociedad que liquidó la guerra. Así surgen las condiciones censitarias para ser elector y elegido, la conservación de la esclavitud, el aumento a 20 años para ser manumitido, predominando así de derecho los grandes propietarios de tierras y dejando intactas las condiciones económicas herencia de la colonia, a

(9) Gil Fortoul. Historia Constitucional T. I. Carl Heymann, Editor, Berlín 1907.

(10) Rodríguez, José Santiago. Contribución al Estudio de la Guerra Federal. T. I. Editorial Elite, Caracas, 1933.

(11) Rodríguez, José Santiago. Obra citada.

pesar del hondo sacudimiento realizado por la guerra emancipadora.

Consideración actual sobre la Guerra Federal

Toda la organización jurídica, la estructuración social que la oligarquía trata de realizar conformes los viejos cánones y la distribución económica atendiendo a los principios ortodoxos del liberalismo, trae semillas de tempestad. Los trastornos que se hacen sentir durante el período de la Oligarquía conservadora tienen su origen en esto. El propio movimiento de las Reformas, diferenciando bien las ambiciones de los viejos capitostes militares, encuentra eco y resón en vastas masas de soldados que se vieron desterrados del orden jurídico creado por los conservadores, y alejados, por lo consiguiente, de los beneficios políticos. La Oligarquía puede consolidarse por razones varias. En primer lugar sus componentes forman un todo homogéneo para los primeros años. En segundo, el país sacudido por el estremecimiento brutal de la guerra larga, estaba cansado. La paz era una condición mental. Pero cuando para 1840 hace crisis la oligarquía, al separarse de su seno la rama agricultora, estremecida por profundas causas económicas, dirigida por hombres de solvencia social y por ideólogos brillantes, adviene de nuevo a la superficie el problema social y económico hasta entonces adormecido. El conductor intelectual de este movimiento es el discutido Antonio Leoradio Guzmán. Desde las páginas de "El Venezolano" y desde la tribuna realiza una labor demoleadora. Recoge todo el resentimiento social que anida en los grupos marginados por la oligarquía. Su campaña política la enlaza hábil y peligrosamente con la situación social y su prédica encuentra eco propicio en una vasta masa que venía de regreso en su admiración mesiánica por Páez.

Las elecciones presidenciales de 1846 desembocan en la guerra civil. Ante la inminencia de una guerra social Páez encalló en el general José Tadeo Monagas, creyendo encontrar el autócrata que necesitaba la clase conservadora. Fué un error. Este estaba separado de la vieja oligarquía por motivos muy hondos en los cuales predomina el hecho de haber sido vencido por ella en dos insurrecciones consecutivas. Además, su carácter áspero y autocrático no concebía padrinos. La ruptura con el partido conservador, con cuyos votos va al poder, y su acercamiento a los liberales, a cambio de la sumisión de éstos, detiene momentáneamente el gran estallido de la revolución social. Sin embargo, las condiciones imperantes durante todo su mandato y las de su hermano José Gregorio hacían esperar esto. Cuando la fusión lo expulsa del poder ya se encuentra en marcha el proceso guerrero que tiene sus hondas raíces sociales. El fracaso de la fusión marca definitivamente el comienzo de la guerra. Las medidas represivas de Julián Castro contra los futuros caudillos de la Guerra Federal no son sino la consecuencia del predominio de los conservadores en el orden político. A pesar de la constitución que emana de la célebre Convención de Valencia y que consagra en forma amplia el sufragio, la guerra social es un hecho. En los alzados de la

Sierra de Carabobo y en las guerrillas que merodean a través del territorio nacional y que se encontrarán de pronto con una bandera cuando las caudillos desplazados icen el lema federal. Cuando el 20 de febrero de 1859 los corianos lanzan su grito inaugural de guerra y constituyen el primer estado federal, ya hacía muchos, pero muchos años, que el proceso se había iniciado. Esta es la raíz misma de su vitalidad. Desaparecido Zamora en la vorágine guerrera, vencido Falcón en Coplé, y fugitivos los demás caudillos del federalismo, el movimiento continúa. Don Pedro Gual le asigna su exacto contenido cuando dice que el movimiento ha dejado de ser político para convertirse en una guerra social de vastas proporciones. Protagonista de la primera supo ahondar de manera cabal en los objetivos de la que le tocó combatir.

El resultado es de todos conocido. La Federación triunfó y no podía ser de otra manera. Era casi la totalidad de la sociedad venezolana en insurgencia contra un orden de cosas de estructura más que arcaica. Que no hayan triunfado las grandes reivindicaciones de los humildes y aparte de la resurrección del viejo sentido igualitario que crearon los campamentos emancipadores, no se hayan logrado los objetivos por los cuales se izó bandera de rebeldía es asunto de otra monta y de otro análisis.

Sólo considerando la historia venezolana como un proceso continuo, valorando los movimientos en sus subterráneos objetivos, desbrozando muchas veces los documentos repletos de excesivo liberalismo, de demasiado contenido ideológico que no respondían a los hechos, es como podemos llegar a una conclusión realista. La Guerra Federal tiene sus escondidas raíces en aquella desigualdad social que creó la colonia, subvirtió la Independencia y trató de consolidar la oligarquía que dirigió los destinos de la nación en la Tercera República. Incidir en el sistema político como génesis del gran proceso es escamotear el análisis mismo de un movimiento que nos interesa conocer en sus más escondidos hontanares para sacar conclusiones valederas. Que haya o no cumplido sus objetivos es también secundario. Los hechos son como los determinan las condiciones mismas de las sociedades y no expresión de los más altos ideales humanos. La historia tiene su propia lógica y lamentar que las cosas hayan sido como fueron y no como las soñamos, sólo entra dentro de la vida ideal y no en el complejo mecanismo por el cual se forman las sociedades y se estructuran como naciones a través de un proceso donde se mezclan valores desde los más altos hasta los más bajos. El movimiento federal no escapó a este proceso. El orden actual es consecuencia directa de los hechos sociales que encarnó. Encontrar sus raíces es contribuir al conocimiento de nuestra realidad actual. Por nuestra parte aquí quedan estas páginas, donde con pasión venezolana quisimos en el centenario del movimiento federal, dejar el testimonio de nuestra vigilia en el desentrañar nuestro pasado y en el querer intuir el porvenir.

(Los subtítulos son de la Redacción)